

CONVERSACION X

SOBRE LA RAZÓN.

Eufrosina. Ya hace mucho tiempo que deseo oírte acerca de la *razón*; ¿Gustas de que sea en este día?

Gregoria. No necesitas consultarme, en siendo cosa de tu agrado; así, no tienes más que hablar para ser obedecida.

Honorina. Te confieso que no es menor el ancia que yo tengo de ser instruida sobre este punto, que la de mí compañera.

Gregoria. Sería muy de desear que solamente las bestias estuviésen destituidas de razón; pero hay no pocos hombres que padecen esta misma desgracia.

Eufrosina. Con que ¿semejantes hombres serán bestias? por que en faltando la razón, no se deben contar entre los hombres.

Gregoria. Eso no digo yo, con tu licencia; sino que tienen la desventura de semejar bastante á ellas.

Honorina. A mi parecer no es muy grande la diferencia, nó.

Gregoria. perdona te diga, que si la hay; porque los hombres están dotados de razón; que las bestias no

tienen; pero por cuanto aquellos suelen obrar sin consultarla, por eso se hacen semejantes á ellas.

Eufrosina. Como nosotras tememos bastante llegar á un tal estardo, quisiéramos saber, qué es lo que se necesita hacer para evitarle.

Gregoria. Es menester seguir en todo la luz de la razón; sin desviarse de ella jamás.

Honorina. Para eso era menester ser Angeles.

Gregoria. No digo yo precisamente, que nunca, nunca se haya de faltar á ella en nada; sino que se deben hacer todos los esfuerzos posibles para conseguirlo.

Eufrosina. A lo menos era menester para eso estar dotada de una gracia muy particular.

Gregoria. Convengo en que es así; pero Dios no se la niega á los que se la piden como es debido, y que trabajan á este fin con todas sus fuerzas.

Honorina los que tuviéren esta gracia, y este don de Dios, se puede decir que estan ya en el Cielo.

Gregoria. Todavía no lo estan pero es cierto que caminan hacia él con mucha celeridad.

Eufrosina. Haznos, si gustas, la pintura de una tal persona.

Gregoria. Es, en breves palabras, la cosa más amable que se puede hallar sobre la tierra.

Honorina. Expílicate más; porque el asunto lo merece ciertamente.

Gregoria. De muy buena gana. Una persona de este carácter, se aviene facilmente con todo el mundo, y todo el mundo se aviene facilmente con ella.

Eufrosina. Ya me haces comprender, que casi no hay en el mundo una cosa como ésta.

Gregoria. Es verdad; y eso mismo la hace más apreciable.

Honorina. Con que ¿será tan indiferente para esta persona el tropezar con genios broncos y enfadosos, como con genios apacibles y tratables?

Gregoria. Si eso estuviése en su mano, más bien querría los unos que los otros; pero cuando no tiene más arbitrio, toma por último su partido, y se determina.

Eufrosina. Eso no es tan fácil como parece.

Gregoria. Dices bien: pero con el socorro de la razón, ayudada y sostenida de la gracia, no hay cosa que no pueda alcanzarse.

Honorina. ¿Es también indiferente en orden á los bienes y los males que la sobrevienen?

Gregoria. Mucho mejor apetecería sin duda los bienes que los males; pero cuando llega el caso de haber de sufrir estos, se resuelve á ello gustosamente.

Eufrosina. Por lo menos, no dejará algunas veces de murmurar y de impacientarse.

Gregoria. No, jamás, con el auxilio de la razón y de la gracia; porque considera entonces, que ha llegado el tiempo de sufrir; procura recoger con cuidado esta preciosa cosecha; y en nada piensa menos que en añadir al mal que está padeciendo, el de la murmuración y la impaciencia.

Honorina. Y dime ahora: ¿cómo se porta en cuan-
á las alabanzas y las injurias? cosas tan ordinarias en

la vida; pues mientras unos nos canonizan, suelen otros desbocarse contra nosotras.

Gregoria. No para la atención ni en una cosa ni en otra; todo lo menosprecia igualmente.

Eufrosina. Yo bien entiendo que se puede menospreciar las injurias; pero que suceda lo mismo con las alabanzas, eso me hace una no pequeña dificultad.

Gregoria. El que fuere de tal manera cuerdo, que viva conforme á razón, sabe que las alabanzas, no menos que los vituperios, son regularmente fruto de la pasión y del capricho, más bien que de la equidad y de la razón. Por lo mismo tiene por más acertado el no detenerse ni en unas ni en otras.

Honorina. Y en caso de que alguno se metiése á reprender á esa tal persona, y á zaherirla ó darla en rostro con sus defectos, ¿tampoco saldría de su acostumbrado paso?

Gregoria. No; porque la razón la dicta, que se debe ser agradecidos á los que nos hacen algún bien: y es constante, que reprendernos, es hacernos bien.

Eufrosina. ¡Qué! ¿No ha de volver un vituperio por otro; ó á lo menos vengarse con alguna secreta indisposición ó desabrimiento?

Gregoria. No; porque creería que era faltar á las leyes de la razón el dejar de reconocer este beneficio por medio de acciones de gracias, procedidas del fondo de una verdadera amistad.

Honorina. Pero ¿y si la reprenden no por hacerla bien, sino por mortificarla ó darla que sentir, como sucede frecuentísimamente?

Gregoria. No importa eso; porque en no parándose más que en el bien que en ello recibe, no muda de disposición; antes se considera obligadísima á la merced que se la hace.

Eufrosina. Todo eso lo tengo por cosa muy grande; pero pasemos adelante, y haznos ver el porte de ésta misma persona en materia de devociones: ¿Llevará ella á bien que se las interrumpan y trastornen? Porque en esto está la verdadera piedra de toque.

Gregoria. A eso os digo que, conformándose para todo con la razón, no está servilmente atendida á ningún determinado método; ni la cuesta trabajo el acomodarse á todo lo que fuere razón.

Honorina. Pues ¿qué? ¿Deja fácilmente y siempre con un semblante sereno, aquello que estaba haciendo, por hacer otra cosa, aun en materia de devoción?

Gregoria. Sí; porque en todas las cosas no consulta más que á la pura razón, sin dar oídos ni á su gusto, ni á su voluntad, ni á su juicio, ni á sus inclinaciones. (1)

Eufrosina. Esta sí que es en realidad una devoción muy amable.

Gregoria. Así es, en efecto, como es necesario conducirse para tener una devoción razonable y arreglada.

(1) Ex D. Aug. lib. Catechiz. rud. cap. 14.^o pauló post init. edit. Paris, 1555.

Honorina. Según se vé, ¿tú juzgas que la devoción depende de la razón?

Gregoria. No; lo que sí digo solamente es, que las dos deben estar muy unidas, para que en la devoción no haya nada que ofenda á la razón.

Eufrosina. Y en caso de ocurrir dificultades y contestaciones, ¿cómo se maneja?

Gregoria. Como recela no tener siempre razón, aun cuando la parece que la tiene más, siempre se la encuentra muy conveniente y de fácil composición; ni queda por ella el que semejantes altercaciones dejen de desvanecerse desde el punto mismo en que se suscitan.

Honorina. Y cuando median intereses, y más si son de consideración, ¿se la encuentra tal como tú la pintas?

Gregoria. Sí; porque no teniendo ella otra mira, ni deseando otra cosa que la justicia; no la cuesta trabajo referirse y ponerse en manos de personas que sean capaces de aclararla.

Eufrosina. Con que según eso, ¿estará dispuesta á referirse al dictámen ó juicio de la primera que se le pusiére por delante?

Gregoria. No; porque entonces creería desviarse de la razón; la cual dicta, que en semejantes lances se escojan personas instruídas, desinteresadas, y que se distinguan por su integridad.

Honorina. Para dar la última mano á la pintura que has empezado á hacer, nos dirás ahora, si gustas,

¿si esa tal persona está expuesta á vicisitudes en punto de conducta, y á desigualdades de humor?

Gregoria. No; porque la razón no permite esas alternaciones, que son verdaderas flaquezas, y grandes imperfecciones.

Eufrosina. Pero cuando se la interrumpe, y se la hace perder tiempo, ¿no muestra tampoco mal humor?

Gregoria. Tampoco; porque la dicta la razón, que es menester soportar á estas tales personas así como se sufre á otras que tienen otros defectos.

Honorina. ¡Qué! ¿No la sucede nunca impacientarse á causa de los defectos que encuentra en los diversos sugetos que vé, ó con quienes vive y trata?

Gregoria. Si con impacientarse pudiera corregirlos, quizá se dejaría llevar de éste impulso, y aun así sería eso una imperfección y una falta, más como para nada es buena la impaciencia, ni suele hacer otra cosa que acrecentar el mal en vez de minorarle, procura no valerse de este medio.

Eufrosina. Siendo cierto que la razón produce tan maravillosos efectos, es muy alta la idea que de ella empiezo yo á formar desde hoy.

Gregoria. Bien puedes estar persuadida de que nada hay más apreciable en el mundo. Con ella se vive contenta, en aquello que cabe en ésta vida; y sin ella todo es trabajos y pesares.

Honorina. Eso de contenta, ¿querrá decir, que ninguna otra cosa se desea?

Gregoria. Cierto: así que, todo el que se conduce por la razón, nada apetece sobre lo que tiene, y sobre lo que él es, á no ser que la razón misma le obligue á hacer lo contrario.

Eufrosina. ¿Luego tampoco desearía crecer en gracia de Dios, y ser cada día más virtuoso?

Gregoria. Perdona, que no digo yo tal. Antes bien, á eso mismo dirige él todos sus deseos, igualmente que todos sus cuidados; más en todo lo que no pende de su arbitrio, como son honores, riquezas, espíritu, talentos, no piensa nunca; por no incurrir en deseos que, cuando menos, son inútiles.

Honorina. ¡Grandes ventajas son esas!

Gregoria. Pues añadid á todo lo dicho la de que nunca interpreta mal las cosas, sino que á todos las da siempre un sentido benigno, mirándolas por aquel lado que les es más favorable y ventajoso.

Eufrosina. Pero también suele haber tales cosas, en que, por más que se quiera, parece no cabe disculpa.

Gregoria. En eso me perdonaréis, que sí la hay, en queriendo tomarse el trabajo de pesar las razones, ó á lo menos la fragilidad de aquellos á quienes se pretende condenar.

Honorina. Yo convengo en que si se llegare á internar tanto, no habrá cosa que no pueda disculparse.

Gregoria. Pues si abrazáseis este partido, gozaréis de una paz muy grande; porque nada hay que tanto la turbe, y aun la haga perder, como la facilidad en condenar al prójimo.

Eufrosina. Ese sí que es un carácter de espíritu.

verdaderamente amable: y no habría cosa que no diése yo por tenerle.

Gregoria. Pues en tí solamente consiste eso: tú poses el precioso tesoro de la razón: no le tengas inútilmente ocioso, y procura sacar de él todo el provecho que pudiéres.

Honorina. No es menor el ánsia que yo tengo de adquirir éste espíritu tan amable, que la que muestra mi compañera.

Gregoria. Pues para eso es necesario orar mucho, recapacitar mucho, y no hacer las cosas con precipitación; porque en esta materia nada perjudica tanto como la demasiada actividad.

Eufrosina. Bien fáciles son estos medios.

Gregoria. Pero advertid, que esa no es obra de solo un día; y que por temprano que se dé principio á ella, nunca debe parecer muy presto.

Honorina. A eso vamos á aplicarnos sin cesar.

Gregoria. Dios lo quiera así; pues lo deseo con ánsia: como también que lo consígais.



CONVERSACION XI

SOBRE EL BUEN ESPÍRITU

Anastasia. Ya hace mucho tiempo que oigo hablar del *buen espíritu*. Todo el mundo se esmera como á porfía en elogiarle, y cada cual se precia de poseerle. Quisiera yo, pues, saber ¿en qué consiste este buen espíritu? A ver si en efecto es tan común como se piensa.

Pulqueria. Celebro infinitamente tener esta ocasión de conferir contigo; porque siempre se puede una prometer algún provecho de tu conversación: pero te confieso, que más quisiera yo tener que preguntarte á tí acerca de este punto, que haber de responder á las preguntas que tú me hiciéres. Esta materia á la verdad, es de las más importantes; pero al propio tiempo de las más difíciles. Tened, pues, la bondad, si gustáis, de decir antes vuestro sentir acerca de esto.

Virgínia. A no tener yo bien conocida tu rectitud, miraría ciertamente ésta respuesta como un efugio ó una excusa artificiosa; pero no, no la atribuyo sino á un efecto de tu singular modestia. Y esto solo (aun cuando no hubiése otra cosa) muestra bien que tú, me-

jor que cualquiera otra persona, puedes satisfacer plenamente á la cuestión que se ha propuesto.

Pulqueria. Mas quisiera yo tener éste buen espíritu, que deciros en qué consiste. Pero, pues tanto me estrecháis á ello, os diré ingenuamente mi sentir; sin pretender por eso, que le miréis como una decisión. El buen espíritu consiste en pensar justamente, en juzgar sanamente, y en tomar en todas las cosas un partido razonable.

Anastasia. No envalde estábamos tan ansiosas de oír tu respuesta; porque en verdad, no puede ser más prudente ni más sólida: pero si ello es así, seguramente el buen espíritu no es tan común como se discurre.

Pulqueria. Y á fé, no os engañáis en eso: es aún más raro de lo que se puede decir. Porque ¿dónde se encuentran muchos que piensen ajustadamente, que juzguen sanamente, y que en todas las cosas tomen un partido conforme á razón? Ciertamente el número de tales personas no es muy grande, no.

Virgínia. Mas al paso que es tan raro este buen espíritu, es más digno de nuestra estimación, de nuestro amor, y de nuestra admiración. Por lo que á mí toca, puedo asegurarte, que estoy ya tan prendada de la pintura que has hecho de él, que no dejaré cosa por hacer para alcanzarle.

Pulqueria. La estimación y amor con que has empezado ya á mirar el buen espíritu, te ha hecho pensar, que solamente de tí pende el tenerle; y eso es demasiado adelantar. Merece, no obstante, alguna disculpa

lo que se conoce que nace puramente de una buena intención, y de unos eficaces deseos.

Anastasia. Pues acaba de instruirnos, si gustas, que es lo que nosotras buscamos; y despáchate.

Pulqueria. Yo me regocijo de ver en vosotras este noble ardor y anhelo, y cedo gustosamente á vuestras instancias. El buen espíritu, pues, no viene de nosotras mismas, sino de Dios. Al Señor solamente le corresponde dárnosle; y á nosotras el cultivarle: En una palabra: depende de Dios y de nosotras.

Virgínea. ¿Y qué se necesita hacer para obtenerle?

Pulqueria. Es necesario pedirle incesantemente á Dios, y pedirle sin cansarse nunca. Este es el tesoro de los tesoros; y así, es menester hacer cuanto hay que hacer para conseguirle.

Anastasia. Comprendo ya, de qué manera puede conseguirse: pero haznos ahora el favor de decirnos, cómo debe cultivarse.

Pulqueria. Para cultivarle es necesario empezar desde luego, desviando léjos de nosotras todos los pensamientos que provienen de preocupaciones; todos los juicios que nacen de terquedad nuestra; y todos los partidos que se toman por humor ó por capricho.

Virgínea. ¿No hay que hacer más que eso para cultivar el buen espíritu?

Pulqueria. Lo que he dicho no es más que una parte de lo que hay que hacer: se necesita, además de esto, examinar cómo piensan, cómo juzgan, y cómo obran aquellos que pasan comúnmente por gentes de buen

espíritu; y conformarse con sus pensamientos, con su juicio, y con su conducta.

Anastasia. ¿Y no hay alguna otra cosa que añadir á estos medios?

Pulqueria. Aún se puede añadir muy bien el de considerar atentamente los pensamientos, los juicios y la conducta de Dios; y formarse cada una por éste modelo sus pensamientos, sus juicios y su conducta. Manejándose de esta suerte, siemore se pensará ajustadamente, siempre se juzgará sanamente, y siempre se tomará en todas las cosas un partido justo.

Virgínia. Este último medio me parece demasiado elevado, y aun considero que es un poco difícil para reducirle á la práctica.

Pulqueria. Verdaderamente es elevado, sí; pero no dificultoso en la práctica, como á tí se te figura. Una vez que es regular leas todos los días algo de la Santa Escritura, es fácil advertir, que estos sagrados Libros no contienen otra cosa que los pensamientos, los juicios, y la conducta de Dios. Y á no ser que los leas sin reflexión y sin utilidad, en cada línea podrás echar de ver si tú has pensado, si has juzgado, si te has conducido de esta suerte, ó no.

Anastasia. Por lo que hace á mí, yo estoy bien persuadida de la verdad y exactitud de cuanto acabas de proponer; y juzgo que absolutamente no hay que replicar á eso. ¿Nos harás ahora el gusto de exponernos las utilidades del buen espíritu?

Pulqueria. Son tantas y tan diversas, que casi no

se pueden contar; porque todo el que piensa justamente, el que juzga sanamente, y el que en todas las cosas toma un partido ajustado á la razón (lo cual viene á ser un conjunto de todos los bienes); no puede menos de empezar á ser feliz aún desde este mundo.

Virgínia. Esto que nos acabas de decir, no hace otra cosa que encender más y más en nosotras el deseo de saber una por una todas esas ventajas.

Pulqueria. Ya que he comenzado, justo será que acabe. Todo el que tiene buen espíritu, está íntimamente persuadido de que Dios no hace cosa alguna, que no sea justa; y que nada permite sino por unas razones llenas de suma sabiduría. Así, él adora á Dios igualmente en todo acontecimiento; y esta disposición es para él un manantial de sumisión, de tranquilidad y de confianza.

Anastasia. Pero ¿y qué? ¿por ventura no siente los infortunios y las desgracias que le suceden?

Pulqueria. Si, sin duda; las siente como los demás hombres: pero tiene sobre ellos la ventaja de que á beneficio del buen espíritu sabe hallar fortaleza y consuelo, aun en medio de los trabajos.

Virgínia. Pues nos ofreciste decirnos todas las utilidades del buen espíritu, te suplicamos continúes, porque tenemos una singular complacencia en escucharte.

Pulqueria. Ved aquí otra ventaja, que no es menor que la primera. El que tiene buen espíritu hace cuanto puede por no ofender á nadie; y en cuanto está de

su parte, tampoco el se ofende de nadie; de manera que por lo que hace á él, vive en paz con todo el mundo.

Anastasia. ¿Y no le ocurre jamás algún motivo de disputa, de diferencia, ó de altercación?

Pulqueria. Sí por cierto; le ocurre como á otro cualquiera: pero en el buen espíritu encuentra ó con qué prevenirlas, ó con qué aplacarlas prontamente. En todo caso, lo que es por él, nunca deja de reinar perfectamente la paz.

Virgínia. Tanto es el gusto que tenemos en oírte, que recelamos lo has de dejar ya muy presto.

Pulqueria. Si hubiérais de estar siempre escuchándome, nunca tendríais tiempo bastante para poner en práctica lo que me oyérais. En todas las cosas es necesaria la sobriedad, aun en las conversaciones más inocentes. Acabaré pues, exponiéndeos la última ventaja del buen espíritu. Aquel que le posee, discierne en sí mismo dos cosas, que es muy preciso discernirlas: lo que tiene de bueno y lo que tiene de defectuoso. De lo bueno procura sacar todo el bien que puede; y con lo defectuoso (al paso que hace porque se disminuya todos los días) se establece á sí propio un ejercicio de penitencia; y en él encuentra continuamente con qué des-
pertar su humildad, y su vigilancia.

Anastasia. Pero ¿no se engrié con el bien que hace, ni se desanima, viéndose siempre expuesto á mil defectos?

Pulqueria. No: ni se envanece, ni desalienta; lo que

hay es, que refiere á Dios todo el bien que hace; y se humilla y castiga á sí mismo, por todas las faltas que comete.

Virgínia. No hay para qué fatigarse ya más, quedamos gustosísimas con tus instrucciones; y vamos á hacer todos nuestros esfuerzos para practicarlas.



BIBLIOTECA